

Mecanismos de poder en la enfermedad: el caso de *La Peste* en la novela de Albert Camus

José Miguel Hernández-Mansilla*

Unidad de Historia de la Medicina, Departamento de Medicina Preventiva, Salud Pública e Historia de la Ciencia,
Facultad de Medicina, Universidad Complutense de Madrid, España

Recibido en su versión modificada: 17 de marzo de 2009

Aceptado: 12 de junio de 2009

RESUMEN

El presente trabajo explora los elementos de poder que pueden encontrarse en una epidemia como la peste. Para emprender la citada tarea se estudia en primer lugar, las formas de contención de la peste desde una perspectiva histórica, para después compararlas con las que describe Camus en su novela La Peste. Se estudia en segundo lugar la posición que ocupa el sentimiento del pecado para los hombres con el fin de determinar la Potencia Divina. Por último, se indaga acerca del miedo que existe en ser tocado en las epidemias y cómo esta situación es superada por el sentimiento innato del amor que existe entre los hombres. Para ello estudiamos cómo en la novela este paso viene ejemplificado por el amor de Orfeo a Euridice.

Palabras clave:

Poder, peste, Camus, amor

SUMMARY

This paper explores the elements of power that can be found in an epidemic like the plague. To undertake this task we first studied, the form of containment of the plague from a historical perspective and then, compare them with those described by Camus in his novel The Plague. We also studied the experience of sin among humans in an effort to determine divine power. This last point explores the fear of being touched during an epidemic and how this is overcome by the innate feeling of love among men. Finally in the novel, this is illustrated by the love of Orpheus for Eurydice.

Key words:

Power, plague, Camus, love

Y algunos de ellos, como Rambert, llegaron incluso a imaginar que seguían siendo hombres libres, que podían escoger.

La peste, Albert Camus

Albert Camus: breves notas de la vida de un Premio Nobel

Albert Camus (1913-1960) nació en Mondovi (hoy Drea, Argelia). En 1934 entró en contacto con el Partido Comunista y aunque más tarde lo abandonará, sus ideas sociales y políticas lo acompañarán a lo largo de su fugaz obra. Estudió en la Facultad de Argel y en 1936 consiguió la Licenciatura en Filosofía. Después del armisticio vivió en Lyon y en Orán y comenzó a colaborar con la Resistencia Francesa. Tras la Liberación ocupó el puesto de redactor jefe en *Combat*. De una de estas editoriales surgió la colección *Actuelles* I (1950), II (1953) y III (1958) donde se analizaban y discutían los problemas políticos que azotaban a la Francia de la posguerra y donde Camus vio publicados

parte de sus trabajos periodísticos. Entre otros sucesos allí reflejados protestó contra las opresiones rusas y la guerra franco-argelina. En 1957 recibió el premio Nobel de Literatura y tres años más tarde un accidente de automóvil en la pequeña Villeblevin, cerca de Paris, puso fin a su vida.

Albert Camus fue junto a Jean Paul Sartre uno de los portavoces éticos y morales de la Francia de la posguerra. El representante de la *filosofía del absurdo* plasmó en la novela que a continuación exploraremos la pérdida del sentido vital de la existencia humana, la pérdida de los valores que desde la Ilustración habían configurado la identidad europea. Desde la Ilustración, el hombre sustituyó a Dios por la fuerza de la razón como referente moral y fue a partir de ese momento cuando la razón tuvo que responder a las preguntas y acciones humanas; pero después de la

*Correspondencia y solicitud de sobretiros: José Miguel Hernández-Mansilla. Facultad de Medicina, Unidad de Historia de la Medicina, Universidad Complutense de Madrid, Despacho 4, Ciudad Universitaria, 28040 Madrid, España. Tel.: 0034 913 941 521. Fax: 0034 913 941 803. Correo electrónico: hernandezmansilla@gmail.com

guerra ni Dios ni la razón dieron respuestas, pues esta última se había transformado en delirio y había provocado una lucha fratricida entre los hijos de Europa.

La Peste surgió en este contexto, fue publicada en 1947 pero desde 1944, el filósofo tiene en su corazón el sentimiento que se reflejará en la novela. Este sentimiento es de *obligación* y de *compromiso* de hacer *lo correcto* para con la Resistencia Francesa con la que participó activamente, para con los franceses y Francia y para con el hombre del mañana. El enemigo unió al pueblo francés del mismo modo que la peste unió a los hombres de la ciudad de Orán con el propósito de combatirla.¹

La enseñanza histórico-médica que se desprende del estudio de la novela para los profesionales afines a esta disciplina, debe cifrarse en que en medio de una epidemia, una guerra o una catástrofe, cuando no hay respuestas ni de Dios ni de la razón, el sentimiento de amor de los hombres es el principio motor que los hermana para hacer *lo correcto*: vencer unidos por la fuerza del trabajo la adversidad que les azota.

Diagnóstico y reclusión

Una epidemia recorre todo Orán. Después de tanto tiempo el bacilo de la peste todavía sigue latente, ahora es el momento en el que ha vuelto a despertar. Desde el interior de la ciudad manda como agente vector a las ratas para que infecten a los hombres y, de este modo, sumirlos en el caos. La tragedia ha comenzado. Albert Camus comienza el relato situándonos en la ciudad de Orán y acercándonos a la muerte de millares de personas, nos dice del futuro enfermo que está por llegar:

Un enfermo necesita alrededor blandura, necesita apoyarse en algo; eso es natural. Pero en Orán los extremos del clima, la importancia de los negocios, la insignificancia de lo circundante, la brevedad del crepúsculo y la calidad de los placeres, todo exige buena salud. Un enfermo necesita soledad. Imagínese entonces al que está en trance de morir como cogido en una trampa, rodeado por cientos de paredes crepitantes de calor, en el mismo momento en que toda una población, al teléfono o en los cafés, habla de letras de cambio, de conocimientos, de descuentos. Se comprenderá fácilmente lo que puede haber de incómodo en la muerte, hasta en la muerte moderna, cuando sobreviene así en un lugar seco.²

En este clima de preagitación, Bernard Rieux, doctor en la ciudad, encuentra en la mañana del 16 de abril una rata muerta en medio del rellano de la escalera. Su mujer, enferma desde hacía un año, iba a partir al día siguiente para un sanatorio de montaña. Pronto la plaga comienza a desatarse:

Al cuarto día, las ratas empezaron a salir para morir en grupos. Desde las cavidades del subsuelo, desde las bodegas, desde las alcantarillas, subían en largas filas titubeantes para venir a tambalearse a la luz, girar sobre sí mismas y morir junto a los seres humanos. Por la noche, en los corredores y callejones se oían distintamente sus grititos de agonía. Por la mañana, en los suburbios, se las encontraba extendidas en el mismo arroyo con una pequeña flor de sangre en el hocico puntiagudo; unas, hinchadas y putrefactas, otras rígidas, con los bigotes todavía

enhuestos. En la ciudad misma se las encontraba en pequeños montones en los descansillos o en los patios.²

A modo de un tratado hipocrático, Camus nos dice:

Se hubiera dicho que la tierra misma donde estaban plantadas nuestras casas se purgaba así de su carga de humores, que dejaba subir a la superficie los forúnculos y linfas que la minaban interiormente.²

El número de ratas muertas aparecidas en la ciudad aumenta diariamente de una manera alarmante. De 6231 a 8000, el número de ratas recogidas y quemadas aumenta exponencialmente. Estos datos se manejaban en los medios de comunicación, principalmente en la radio, y provocaron desde el principio una alarma pública. La población pidió medidas radicales pues se acusaba a las autoridades de no tomar medidas adecuadas. Pronto los medios de comunicación anunciaron que el número de ratas muertas aparecidas ese día había disminuido bruscamente. Es posible apreciar en este hecho, un mecanismo de control de la opinión pública.

Lo cierto es que las primeras manifestaciones de la enfermedad comenzaban a hacerse visible en los cuerpos de los hombres. El portero del doctor Rieux:

El viejo Michel tenía los ojos relucientes y la respiración sibilante. No se sentía bien y había querido tomar un poco de aire, pero vivos dolores en el cuello, en las axilas y en las ingles le habían obligado a pedir ayuda al padre Paneloux.²

El padre Paneloux aparece pronto en el relato. Es el párroco de la ciudad y discutirá con Rieux el sentido de la enfermedad. El primer personaje que muere en la novela es el portero del edificio donde vive el doctor Rieux, este hecho marca el fin de un periodo lleno de signos, los signos de la enfermedad, para comenzar otro periodo totalmente nuevo, el periodo de la agonía y de la muerte:

...los labios cerúleos, los párpados caídos, el aliento irregular y débil, todo él como claveteado por los ganglios, hecho un rebujón en el fondo de la camilla, como si quisiera que se cerrase sobre él o como si algo le llamase sin tregua desde el fondo de la tierra, el portero se ahogaba bajo una presión invisible...²

Las voces se disparan, los rumores comienzan a extenderse por las calles, nadie se atreve a decir lo que todos creen: la peste había vuelto a aparecer en Occidente. Uno de los signos de la enfermedad eran abscesos que se abrían con dos golpes de bisturí, los ganglios expulsaban una materia mezclada con sangre, al poco tiempo el enfermo moría en medio de un olor espantoso. Ahora la prensa ya no hablaba de las muertes porque no accedía a la vida privada de los habitantes de la ciudad. Las ratas desfallecían en las calles, lugares públicos del dominio común de los habitantes de la ciudad, y los hombres, en cambio, morían en el silencio de sus casas. La terrible plaga que se avecinaba era un reto para la humanidad y las primeras reacciones de los hombres era tacharla de irreal, era imposible que un suceso así azotara la vida del hombre. Era imposible que esto sucediera, precisamente porque la peste suprimía el porvenir del hombre y si el hombre se definía y caracterizaba por ser algo, era por contener pura libertad, por proyectar su vida del presente al futuro.

El poder de la palabra “peste” invocaba a la memoria el recuerdo de millares de muertos, una masa amorfa e inidentificable de hombres sin rostro. La *cifra*, aunque causaba espanto, no conseguía mellar la voluntad de supervivencia del hombre porque, a fin de cuentas, solo eran cadáveres sin rostro, cadáveres anónimos que carecían de nexo de unión con el hombre vivo. Otra cosa bien distinta y que fulminaría la esperanza de supervivencia para cada uno de nosotros sería que pudiéramos pensar que el otro, la víctima de la peste, somos nosotros.

Una treintena de pestes habían azotado el cuerpo de los hombres a lo largo de la historia, habían provocado cerca de 100 millones de muertos. Atenas, China, Marsella, Provenza, Jaffa, Constantinopla, Segovia, Londres, Milán... Se dice que desde la antigüedad hubo epidemias. Antes de la de Ateneas, Tucídides nombra la de Lemnos. Tucídides³ cuenta que donde primero atacó a la gente fue en el Pireo, después llegó a la ciudad del interior y la mortandad fue mucho mayor. La descripción de Tucídides es una de las mejores porque él mismo cayó enfermo y pudo curarse. Cuenta que ninguna de las enfermedades comunes hacía estragos por aquel tiempo, todos morían por el mismo mal. Los unos, nos dice, morían sin ser atendidos; los otros, los que habían sido muy cuidados, a pesar de lo que se pudiera pensar, también perecían. Ningún hombre se mostró capaz de resistirla, fuerte o débil, el mal hacía presa en todos sin ninguna distinción. Los que padecían el azote de la epidemia, los moribundos, se veían afectados por la falta de ánimo. La desesperación se apoderaba del espíritu de los enfermos y se entregaban a la enfermedad. En la novela de Camus esto no sucede así. Desde el principio los hombres luchan por su alma, por su vida, por su cuerpo, por la victoria de la enfermedad. Tucídides nos cuenta que los hombres de Atenas no querían acercarse los unos a los otros por miedo al contagio. Los hombres morían en la soledad de sus casas, muchas familias desaparecieron por falta de quien las atendiera. Debido a la violencia del mal, la magnitud de la *cifra* de muertos era muy alta; los hombres, desesperados ante tales sucesos, comenzaron a despreciar las leyes divinas y humanas.⁴

Así comenzó la peste en Orán. Del agente vector se nos dice:

Las ratas han muerto de la peste o de algo parecido y han puesto en circulación miles y miles de pulgas que transmitirán la infección en proporción geométrica, si no se la vence a tiempo.

Uno de los primeros signos de Poder que podemos encontrar en la novela de Camus es la comisión sanitaria. Rieux, después de mucho insistir, obtuvo de la prefectura la concesión de una reunión de expertos para analizar el problema de salud pública que comenzaba a generarse. La comisión sanitaria debía determinar qué enfermedad estaba azotando la ciudad. Una vez hecho esto, debía tomar las medidas adecuadas para solucionar el problema. Hasta ese momento en la ciudad primaba el silencio sobre la enfermedad que azotaba las vidas de los hombres. Richard, miembro de esa comisión, decía: “obremos rápido, pero en silencio”.²

El secreto de la enfermedad se halla en la médula misma del poder. Es la comisión de expertos la que decide que en la

ciudad de Orán hay una plaga. Pero lo decide del siguiente modo: aunque hasta ese momento, durante y después las muertes se sucedieran, todavía no estaba reconocido el estado en el que se encontraban. Algunos miembros de la comisión sostenían que solo se trataba de fiebres con complicaciones inguinales. En cambio, el doctor Rieux creía que se trataba de una fiebre de carácter tifoideo, acompañada de bubones y vómitos. Richard, un miembro de la comisión, discrepaba: “No hay que ver las cosas demasiado negras; el contagio, por otra parte, no está comprobado puesto que los parientes de los enfermos están aún indemnes”.²

La decisión del laboratorio sería crucial para reconocer la enfermedad aun cuando la decisión no fuera lo suficiente poderosa, pues en el laboratorio *creyeron* ver el microbio rechoncho de la peste. En esta situación, reconocido que se trataba de una enfermedad de tal envergadura y que exigía medidas impecables, se emplearían las medidas de profilaxis previstas por la ley con el propósito de controlarla: “Las casas de los enfermos debían ser cerradas y desinfectadas, los familiares sometidos a una cuarentena de seguridad, los entierros organizados en la ciudad...”²

Rieux podía sentir el miedo que emanaban los cuerpos de los habitantes de la ciudad de Orán. El parte de la reunión de la comisión contenía: “Declaren el estado de Peste. Cierren la ciudad”.²

Por lo pronto, un estado inminente de aislamiento se dejaba entrever como primera medida para solucionar el problema.

El infierno, como tantas otras veces a lo largo de la historia, se había manifestado en la tierra. En esta ocasión su corazón mismo estaba emplazado en la ciudad de Orán. El veneno de la serpiente que había enviado a Eurídice a los infiernos, como sucedía en el mito de Orfeo, ahora volvía a correr por la sangre de una nueva *masa enferma*. La represión había comenzado. Los viejos muros de la ciudad medieval servían a modo de límite para la cuarentena. Dentro de la ciudad, cada casa constituía un pequeño centro de reclusión. Michel Foucault nos recuerda que desde la Edad Moderna, esto es, a partir del siglo XVIII, se unen dos modelos de control, dos modelos de poder: el de la lepra y el de la peste. En el Renacimiento, los locos al igual que los leprosos eran expulsados lejos de los muros de la ciudad.*

*Antes de crearse los sanatorios mentales en el siglo XIX, ya comenzaba a encerrarse a las personas que no asumían la ética del trabajo. Igualmente se encerraba a los locos, estos centros eran mitad cárceles y hospitales. Remontándonos un poco más lejos y con el propósito de establecer los orígenes, los locos eran expulsados lejos de los muros de la ciudad. Eran confiados a marineros, obligados por su condición a quedar atrapados en la mar, víctimas de su partida y de su destino. El agua del mar purifica, y “la navegación libra al hombre a la incertidumbre de su suerte; cada uno queda entregado a su propio destino, pues cada viaje es, potencialmente, el último”. Pero el efecto que produce la expulsión, es la reclusión en sí mismo, los muros de la ciudad se transforman ahora en los muros de su conciencia. Para conocer más sobre las naves de los locos Vid. Michel Foucault “Stultifera Navis” en Historia de la locura en la época clásica, FCE, Madrid, 1985.

En cambio, los apestados, eran reclusos dentro de los muros de la ciudad. Este mecanismo de control de la epidemia sigue siendo el mismo que plantea Camus en la novela. El poder en este último caso, que es el que nos interesa especialmente analizar, se emplea para sanar, para curar, busca hacer eficientes a las personas, sobre todo cuando se ven inmersas en un estado de cuarentena como el que atraviesa la ciudad de Orán. Pretende, en definitiva, mantener la vida de sus habitantes. Las medidas profilácticas estipuladas por la ley para contener la enfermedad, medidas que buscan perpetuar el bien de la salud pública, privan de la libertad a los individuos, así, vemos esta vez, cómo el poder oprime:

Hasta la pequeña satisfacción de escribir nos fue negada. Por una parte, la ciudad no estaba ligada al resto del país por los medios de comunicación habituales, y por otra, una nueva disposición prohibió toda correspondencia para evitar que las cartas pudieran ser vehículo de infección. Al principio hubo privilegiados que pudieron entenderse en las puertas de la ciudad con algunas centinelas de los puestos de guardia, quienes consintieron en hacer pasar mensajes al exterior. Esto era todavía en los primeros días de la epidemia y los guardias encontraban natural ceder a los movimientos de compasión. Pero al poco tiempo, cuando los mismos guardias estuvieron bien persuadidos de la gravedad de la situación, se negaron a cargar con responsabilidades cuyo alcance no podían prever. Las comunicaciones telefónicas interurbanas, autorizadas al principio, ocasionaron tales trastornos en las cabinas públicas y en las líneas, que fueron totalmente suspendidas durante unos días y, después, severamente limitadas a lo que llamaban casos de urgencia, tales como una muerte, un nacimiento o un matrimonio. Los telegramas llegaron a ser nuestro único recurso. Seres ligados por la inteligencia, por el corazón o por la carne, fueron reducidos a buscar los signos de esta antigua comunión en las mayúsculas de un despacho de diez palabras.²

Las medidas que se establecen en la ciudad son procedimientos reales. Michel Foucault las describe siguiendo un reglamento de finales del siglo XVIII. En primer lugar, se produce una estricta división espacial, se cierra la ciudad y se prohíbe bajo pena de muerte salir de la zona. Camus no habla del sacrificio de los animales errantes como sí aparece en los *Archives militaires de Vincennes, A 1 516 91* citados por Foucault en la *Historia de la locura en la época clásica*.

Rambert, un periodista que está de paso por la ciudad, ha quedado atrapado. Pide a Rieux ayuda para poder salir de la ciudad —un certificado que demuestre que no tiene la enfermedad—, pero Rieux se niega bajo la excusa de desconocer el momento en el que puede infectarse y propagar la enfermedad:

Rambert —¡Pero yo no soy de aquí!—

Rieux —A partir de ahora, por desgracia, será usted de aquí como todo el mundo—.²

Cada calle, según cuenta Foucault⁵ es controlada por un síndico que la vigila. En el caso de que el síndico abandonara su puesto se le castigaría con la muerte. Un día señalado se ordena a todos los habitantes de la ciudad que se encierren en sus casas. Se les prohíbe salir de ellas bajo la pena de

perder la vida. El síndico es el encargado de cerrar por el exterior la puerta de cada casa. Después se lleva la llave y se la entrega al intendente de sección, quien la conserva hasta el término de la cuarentena. Las familias deben haber realizado un acopio de provisiones para sobrevivir el tiempo que dure la reclusión. Para obtener algunos de estos alimentos como el vino y el pan se prepara entre la calle y el interior de las casas unos pequeños canales de madera por los cuales se hace llegar a cada habitante su ración. De este modo se evita que se produzca una comunicación entre los proveedores y los habitantes. Otros alimentos como la carne, el pescado y las hierbas se sirven en cestas y son elevadas con poleas hasta la altura de las ventanas desde donde las familias pueden hacerse con los víveres. Esta descripción no aparece en la novela de Camus, pero creo necesario que la conozcamos porque podría ser la vida de tantas imaginarias personas que el autor no narró.

En cuanto a Rambert, el periodista del que hablábamos, lo cierto es que no soporta quedar atrapado en la ciudad, así que comienza a estudiar la posibilidad de cómo escapar. Según hemos descrito, las medidas de seguridad son fuertes. En la novela el clima de opresión no es tan fuerte. Camus dirige la novela más bien hacia un estado de agonía de la existencia del ser humano, ya que no se detiene en analizar los elementos de poder que hay inscritos en la reclusión. En lo que se detiene es en explorar los sentimientos interiores de los hombres, así como en presentar las acciones que provocan estos sentimientos. En la novela, el gran sufrimiento que provoca la peste por encima de cualquier otra cosa es la separación de los seres queridos.

Una vez expuesta su situación personal, Rambert, que había retado a Rieux para marcharse de la ciudad, le contó sus motivos: “Usted no ha pensado en nadie. Usted no ha tenido en cuenta a los que están separados”.²

Más adelante, Rieux confesará que su nuevo amigo tenía razón en su impaciencia por la felicidad. Enfermedad y miedo, nadie creía lo que estaba sucediendo, negaban su situación, se asfixiaban.

El aumento [de las muertes] era elocuente. Pero no lo bastante para que nuestros conciudadanos dejaran de guardar, en medio de su inquietud, la impresión de que se trataba de un accidente, sin duda enojoso, pero después de todo temporal.²

Siguiendo con la descripción de Foucault en *Vigilar y castigar*, se nos dice que cuando es preciso salir de las casas, siempre se hace por turno y se evita cualquier encuentro. Los únicos que pueden circular por las calles son los intendentes, los síndicos y los soldados de la guardia. En estas calles abundan los cuerpos sin vida de los infectados y los cuervos que los rodean. Estos hombres que todavía recorren las calles son los encargados de transportar a los enfermos, enterrar a los muertos o realizar, entre otras cosas, tareas de limpieza. El espacio que ocupan está recortado y en él es necesario conservar el puesto de guardia, pues en el caso de abandonarlo pueden ser castigados o perder la vida por la desobediencia.

La inspección siempre está en marcha. Los cuerpos de guardia están en las puertas, en el ayuntamiento y en todas

las secciones para que la obediencia del pueblo sea más rápida y la autoridad de los magistrados más absoluta, así como “para vigilar todos los desórdenes, latrocinios y saqueos”.⁶ En las puertas de las casas se montan puestos de vigilancia, también en los extremos de cada calle pueden verse centinelas. Todos los días el intendente recorre las distintas secciones que tiene a su cargo con el propósito de saber si los síndicos cumplen su misión y si los vecinos tienen de qué quejarse. Del mismo modo, todos los días el síndico, el responsable de cada calle, se detiene delante de cada casa con el propósito de conocer si cada cual está en su morada. Para ello hace que se asomen todos los vecinos a las ventanas (los que viven del lado del patio tienen asignada una ventana que da a la calle a la que ningún otro puede asomarse). Llama a cada cual por su nombre para saber si siguen dentro. Los vecinos están obligados a decir la verdad cuando son llamados porque si no es así perderán la vida. Si alguno no se presenta en la ventana, el síndico debe preguntar el motivo; porque solo así descubrirá fácilmente si se ocultan muertos o enfermos. El resultado es que cada cual queda encerrado en su jaula, debe asomarse a su ventana y responder a su nombre cuando es llamado por el síndico.

En la obra de Camus, el poder aparece concentrado en el diagnóstico del doctor Rieux. En el caso que tuviera la fiebre epidémica, su diagnóstico significaba hacer aislar al enfermo.

Entonces empezaba la abstracción y la dificultad, pues la familia del enfermo sabía que no volvería a verle más que curado o muerto. “Piedad, doctor”, [...] ¿Qué significaba esta palabra? Evidentemente, él tenía piedad, pero con esto nadie ganaba nada. Había que telefonar. Al poco tiempo, el timbre de la ambulancia sonaba en la calle. [...] entonces empezaban las luchas, las lágrimas; la persuasión; la abstracción, en suma. En esos apartamentos caldeados por la fiebre y la angustia se desarrollaban escenas de locura. Pero se llevaban al enfermo. Rieux podría irse.²

Continuando con Foucault, esta vigilancia se apoya en un sistema de registro permanente: informes de los síndicos a los intendentes, de los intendentes a los regidores o al alcalde. Cuando comienza el encierro se procede a un recuento de todos los vecinos de la ciudad. Se recogen datos referentes al nombre, la edad, el sexo, sin excepción de condición. De estos registros poseen un ejemplar el intendente de la sección, la oficina del ayuntamiento y otro más para que el síndico pueda pasar la lista diaria de los habitantes de la ciudad. Cuando el síndico pasa lista frente a las puertas de las casas toma nota de las muertes, enfermedades, reclamaciones e irregularidades. Sus notas se transmiten a los intendentes y a los magistrados. Éstos tienen autoridad sobre los cuidados médicos. Los intendentes y los magistrados designan un médico responsable y ningún otro puede atender enfermos “ningún boticario preparar medicamentos, ningún confesor visitar a un enfermo, sin haber recibido de él un billete escrito para impedir que se oculte y trate, a escondidas de los magistrados, a enfermos contagiosos”.⁶ El registro de lo patológico es constante y centralizado. Las relaciones de cada ciudadano con su enfermedad y con su muerte pasan inevitablemente por las instancias del poder, además del registro a

que éstas las someten y las decisiones que toman. Veamos un caso práctico:

[...] al entrar en la casa de la señora Loret [...] había sido recibido por la madre que le había dicho con una sonrisa desdibujada:

—Espero que no sea la fiebre que está en boca de todo el mundo—

Y él [Dr. Rieux], levantando las sábanas y la camisa, había contemplado las manchas rojas en el vientre y los muslos, la hinchazón de los ganglios. La madre miró por entre las piernas de su hija y dio un grito sin poderse contener. Todas las tardes había madres que gritaban así, con un aire enajenado, ante, los vientres que se mostraban con todos los signos mortales, todas las tardes había brazos que se agarraban a los de Rieux, palabras inútiles, promesas, llantos, todas las tardes los timbres de la ambulancia desataban gritos tan vanos como todo dolor. El final de esta larga serie de tardes, todas semejantes, Rieux no podía esperar más que otra larga serie de escenas iguales, indefinidamente renovadas.²

Éste es un espacio cerrado en el que los individuos están insertos en un lugar fijo. Sus movimientos son exhaustivamente controlados y todos los acontecimientos que tienen que ver con su adormecida vida están registrados. El poder se ejerce por entero, cada individuo está constantemente localizado, examinado y distribuido entre los vivos, los enfermos y los muertos —todo esto constituye un modelo compacto del dispositivo disciplinario—. A la peste responde el orden, tiene por fin separar todos los cuerpos que se mezclan. La peste prescribe a cada cual su lugar, a cada cual su cuerpo, a cada cual su enfermedad y su muerte.⁶

Foucault ve en la peste la mezcla, y en la disciplina un poder que es el análisis de la situación para resolver el problema. Ha habido en torno a la peste, nos dice Foucault, toda una ficción literaria de la fiesta: las leyes suspendidas, los interdictos levantados, el frenesí del tiempo que pasa, los cuerpos mezclándose sin respeto, los individuos que se desenmascaran.

Pero ha habido también un sueño político de la peste, y éste es el que Camus deja entrever en su novela. Es exactamente inverso al anterior: no a la fiesta colectiva, sino las particiones estrictas, no las leyes trasgredidas, sino la penetración de las normas hasta en todos los detalles de la existencia por intermedio de una jerarquía que garantiza el funcionamiento capilar del poder y el control.

El poder de la gracia en el discurso del Padre Paneloux

Ahora, esta gente afectada por la epidemia, desemboca en una muerte colectiva. Es en este punto, una vez declarada la enfermedad, vistos los muertos y enumerada una *cifra*, cuando los que sufren en vida esperan a que la sentencia que pende sobre ellos se ejecute: “Solamente los afectados por una epidemia constituyen una masa: el destino que les espera los hace iguales”.⁶ También los hace iguales el hecho de que el día del Juicio Final resucitarán al mismo tiempo. Se presentarán todos frente a Dios para ser juzgados. La epidemia parece que viene impuesta desde fuera por un poder desco-

nocido frente al que el hombre nada puede hacer. Eso es lo que nos dice el padre Paneloux, miembro de la Compañía de Jesús en la novela. Gracias a sus sermones se había ganado un crédito más extenso que cualquier especialista. Durante toda una semana, las autoridades eclesiásticas de la ciudad habían organizado una serie de plegarias para intentar paliar la epidemia. Desde el púlpito de la catedral, el padre Paneloux predicaba: "Hermanos míos, habéis caído en desgracia; hermanos míos, lo habéis merecido", un estremecimiento recorría los asistentes hasta el atrio".²

El poder de generar un sentimiento de culpa es un mecanismo de control dentro de un sistema mayor. Primero se produce un pecado desconocido a los ojos de los hombres y después se produce el momento preciso en que le es revelado.

Si hoy la peste os atañe a vosotros es que ha llegado el momento de reflexionar. Los justos no temerán nada, pero los malos tienen razón para temblar. [...] El grano sea separado de la paja. Habrá más paja que grano, serán más los llamados que los elegidos, y esta desdicha no ha sido querida por Dios.²

Esta revelación no se produce de cualquier forma pues viene impuesta por la sanción, por la culpa. El padre Paneloux reprende a sus fieles por sus actos decadentes, éstos los han llevado a la situación en la que se encuentran, a una situación límite de agonía, una situación límite donde cada hombre espera su muerte.

La primera vez que esta plaga apareció en la historia fue para herir a los enemigos de Dios. El faraón se opuso a los designios eternos y la peste le hizo caer de rodillas. Desde el principio de toda historia el azote de Dios pone sus pies a los orgullosos y a los ciegos. Meditad en esto y caer de rodillas.²

Ahora es cuando la acusación revierte en el poder de la culpa. Si el hombre se librara de la culpa, como es el caso de Rieux, si no atendiera a las predicaciones del padre Paneloux, por ningún lado estaría encadenado, ya que la culpa que le viene impuesta por una instancia superior podría ser afrontada por la fuerza del espíritu del hombre, por un existencialismo ateo.

"Tarrou: —¿Cree usted en Dios, doctor?"

Rieux: —No, pero, eso ¿qué importa?"

Tarrou: —¿Por qué pone usted [en la curación de los enfermos] tal dedicación si no cree en Dios?"

...si él [Rieux] creyese en un Dios todopoderoso no se ocuparía de curar a los hombres y le dejaría a Dios ese cuidado.²

En cambio, los que han quedado atrapados bajo esta lógica del poder, la fuerza necesaria que debe generar su espíritu para calmar a Dios no es todavía lo suficiente poderosa para conseguir el perdón.

Sí, ha llegado la hora de meditar. Habéis creído que os bastaría con venir a visitar a Dios los domingos para ser libres el resto del tiempo. Habéis pensado que unas cuantas genuflexiones le compensarían de vuestra despreocupación criminal. Pero Dios no es tibio. Esas relaciones espaciadas no bastan a su devoradora ternura. Quiere vernos ante Él más tiempo, es su manera de amarnos, a decir verdad es la única manera de amar. He aquí por qué, cansado de esperar vuestra venida, ha hecho que la plaga os visite como ha visitado a

todas las ciudades de pecado desde que los hombres tienen historia. Ahora sabéis lo que es el pecado como lo supieron Caín y sus hijos, los de antes del diluvio, los de Sodoma y Gomorra, Faraón y Job y también todos los malditos. Y como todos ellos, extendáis ahora una mirada nueva sobre los seres y las cosas desde el día en que esta ciudad ha cerrado sus murallas en torno a vosotros y a la plaga. En fin, ahora, sabéis que hay que llegar a lo esencial.²

Dios castiga, el hombre sufre y espera el milagro de que cese la epidemia, pero no sabe cuándo, porque desconoce sabiamente lo que ha hecho para pecar: "...por un crimen desconocido estaban condenados a un encarcelamiento inimaginable".²

Solo creen en las palabras del reverendo, pues piensan, al igual que otro remedio, que este hombre-medicina de la vida y del espíritu tiene la capacidad de leer los signos de la epidemia y, así dispensar el remedio necesario para aliviar el sufrimiento de esos hombres desdichados. Por lo tanto, la lógica del poder que tiene como motor la culpa debe valerse de distintos procesos. Acusación del pecado, aun cuando éste sea incierto, desconocido o no cometido por parte de un hombre-medicina que, en este caso, es el padre Paneloux. Después se genera el sentimiento de culpa, rencor, sobre su situación, siempre desconociendo el pecado cometido, pues se sufre por la situación actual, no por los hechos pasados ya que la mayoría de las veces se desconocen o no se acierta a comprender o averiguar. Lo que pesa es la epidemia no el hurto, el asesinato o la infidelidad. Se busca la salida a esa situación intolerable: la peste. Pero para ello deben creer en la palabra del padre pues ofrece las pautas para la salvación. El arrepentimiento para los culpables y la culpa para los inocentes, pero la culpa ahora se ha transformado y se siente como un alejamiento de Dios, olvido de la necesidad de su presencia en los actos humanos. Ahora, en esta situación solo cabe esperar el milagro de la mano de Dios.

Durante tanto tiempo este mundo a transigido con el mal, durante tanto tiempo ha descansado en la misericordia divina. Todo estaba permitido: el arrepentimiento lo arreglaba todo. Y para el arrepentimiento todo se sentían fuertes; todos estaban seguros de sentirlo cuando llegase la ocasión. Hasta tanto, lo más fácil era dejarse ir: la misericordia divina haría el resto. ¡Pues bien!, esto no podía durar. Dios, que durante tanto tiempo ha inclinado sobre los hombres de nuestra ciudad su rostro misericordioso, cansado de esperar, decepcionado en su eterna esperanza, ha apartado de ellos su mirada. Privados de la luz divina, hemos aquí por mucho tiempo en las tinieblas de la peste.²

Él separará los vivos de los muertos, los que le procesan amor a partir de la acusación del sacerdote de los que siguen olvidando su poder.

Tal vez siguiendo al doctor Rieux, el padre Paneloux no haya visto morir bastante a la gente, por eso habla en nombre de una verdad, la verdad divina.

El doctor Rieux había vivido largo tiempo en los hospitales y le desagradaba la idea de un castigo colectivo; pensaba que Dios no existía, porque de ser así, los curas no serían necesarios.

La posición que del padre Paneloux nos presenta Camus es de una naturaleza intransigente, ortodoxa y, a mi parecer,

más cercana a la de los jansenistas. Uno de los primeros existencialistas, aunque cristianos, fue Blaise Pascal. Blaise Pascal fue un jansenista que más tarde profesara su propia forma de comprender, sentir y practicar la fe. Jesuitas y jansenistas tienen formas distintas de comprender la religión, de sentir la fe cristiana. Intentemos comprender un poco la naturaleza de estos dos grupos de los que hablo.

Los hombres pecan una y otra vez, cometen los mismos pecados, viven sus vidas en un pecado continuo y muchas veces en pecado público. Estos hombres parece en ocasiones que dan muestras de verdadero arrepentimiento, pero los jansenistas se oponían a su absolución. La posición jansenista constituía un problema, amenazaba con producir el alejamiento de los fieles de la religión. La medida jansenista, derivada de su teología de la pureza, impedía que hombres arrepentidos de sus pecados y perdonados por los siervos de la iglesia, osaran cometer un sacrilegio al subir de nuevo al altar y comulgar. En cambio, los jesuitas incidían en la comunión frecuente como la “medicina” para el alma de los hombres.

Por esta razón me parece que el padre Paneloux es demasiado duro en sus acusaciones, pues son propias de un jansenista ortodoxo, nunca de un jesuita, aun cuando lo que pida sea la vuelta de los hombres a la fe, por haberla olvidado o ignorado.

Después de haber mostrado el origen divino de la enfermedad en Egipto, Lombardía, Roma e Italia, el padre Paneloux prosigue su sermón diciendo:

Hermanos míos —dijo con fuerza—, es la misma caza mortal la que corre hoy día por nuestras calles. Vedle, a este ángel de la peste, bello como Lucifer y brillante como el mismo mal. Erigido sobre vuestros tejados con el venablo rojo en la mano derecha a la altura de su cabeza, y con la izquierda señalando una de vuestras casas. Acaso en este instante mismo su dedo apunta a vuestra puerta, el venablo suena en la madera, y en el mismo instante, acaso, la peste entra en vuestra casa, se sienta en vuestro cuarto y espera vuestro regreso.²

Castigo y admisión de la culpa, ahora solo queda esperar el milagro que, aunque difícil, un jesuita siempre lo pone fácil, así al menos podemos creer por lo que nos cuenta Blaise Pascal.**

En la “Carta Novena” de *Las Provinciales*,⁷ después de hablar del libro de P. Barry, *El paraíso abierto a Philagia, por medio de cien devociones a la Madre de Dios fáciles de practicar*,*** Pascal habla con el padre de la Compañía de

Jesús. El padre le explica el caso de una mujer que había vivido en pecado mortal toda su vida y al final de sus días murió en pecado. Seguidamente, el padre de la Compañía le dice a Pascal que afortunadamente la mujer pudo salvarse por los méritos de su devoción. El padre de la Compañía de Jesús sostiene acerca de esta mujer que Nuestro Señor la salvó haciéndola resucitar; milagro divino donde los haya, pues parece que cuando se practica alguna de estas devociones es imposible perecer. Podemos aventurar no sin miedo a pensar junto a la crítica de Pascal que realiza a la compañía de Jesús, que podemos vivir nuestra vida como mejor la deseemos, sin importarnos cuánto daño hagamos a nuestra alma y a la de los demás; al final de nuestros días, para alcanzar la salvación y entrar como sea en la Ciudad Gloriosa, basta con estos pequeños gestos, en cualquier caso, si hubiera un pequeño atisbo de confusión en el momento de morir, pues el enemigo pretende hacerse con nosotros, bastaría con decir: “María responde por mí, es a ella a quien hay que dirigirse”.⁷

Así, la Compañía de Jesús rompe con la idea fatalista de predestinación, la condena eterna, y abre la puerta a la voluntad del hombre para que se haga libre. El padre Paneloux, dentro de su difícil encasillamiento, niega, repudia y sobre todo teme el fatalismo.² Otorga al mismo tiempo los caminos e instrumentos necesarios para que el hombre pueda encontrar la salvación al final de sus días, con el arrepentimiento y la comunión, o como aquí hemos visto: la devoción fácil.

Aunque la enfermedad se endureció transformándose en pulmonar, llegaron los primeros casos de curación inesperada. Para Paneloux, los primeros milagros que obra Dios con sus criaturas:

Cuando Cottard llegó a la casa del doctor, al día siguiente, Taurrou y Rieux hablaban de una curación inesperada que había habido en el distrito que este último atendía.

Uno entre diez. Ha tenido suerte —decía Tarrou.

¡Oh! Bueno —dijo Cottard—, no sería la peste.

Le aseguraron que se trataba exactamente de esa enfermedad.

Esto es imposible, puesto que se ha curado. Ustedes lo saben también como yo: la peste no perdona.

En general, no —dijo Rieux—; pero con un poco de obstinación puede uno tener sorpresas.

Cottard se reía.²

El momento de sobrevivir es el momento del poder. Los supervivientes de una epidemia como la peste se sienten poderosos porque han sobrevivido; se creen invulnerables, sienten compasión sobre el resto de los enfermos y de los moribundos que los rodean. Creen que ninguna otra enfermedad podrá llevárselos de esta vida, se sienten próximos a los dioses por haber sobrevivido. Si les volviera a atacar la enfermedad, siendo extraño que una persona le ataque por segunda vez, ahora, no se llevaría su vida.³ Y sin embargo, el superviviente, sintiéndose poderoso por no estar del lado de las víctimas, de los muertos, se ha convertido en un *superviviente desdichado*. Sabe que su suerte no depende del todo de él.

Según la religión, la primera mitad de la vida de un hombre era una ascensión y la otra mitad un descenso: que en el descenso los días

** Para conocer a fondo toda esta polémica y comprender el poder del milagro dentro del seno jansenista, consultar José Miguel Hernández Mansilla, *Blaise Pascal y el Poder del Milagro*, III Congreso internacional de la Sociedad Académica de Filosofía, Murcia, 8-10 de febrero de 2007.

*** En este texto pueden encontrarse las llaves que abren el cielo al que las practique; por ejemplo, saludar a la Santísima Virgen cuando se encuentran alguna de sus imágenes o entre otras muchas de esas cien, rezar todos los días el avemaría en honor al corazón de María. Para los que no sean capaces de semejante esfuerzo de memoria, llevar consigo día y noche un rosario o una imagen de la Virgen bastaría. Practicar una sola de ellas es suficiente para entrar en el Paraíso. ¡Qué fácil resulta no condenarse!

del hombre ya no le pertenecían, porque le podían ser arrebatados en cualquier momento, que por lo tanto no podía hacer nada con ellos y que lo mejor era, justamente, no hacer nada.²

No siente la satisfacción que encuentra el guerrero cuando delante de sí observa miles de cadáveres pudriéndose. Ahora el asesino es silencioso, la peste no blande espadas y aunque mantiene un combate con los cuerpos de los hombres, éstos no saben cómo defenderse. Es una lucha desigual donde el vencido no conocía las reglas del combate.

El *superviviente desdichado* de la novela de Camus siente satisfacción por el hecho de haber sobrevivido, pero por ningún lado se nos dice que sienta voluptuosidad, que aumente su pasión cuando conoce la *cifra* cada vez mayor de cadáveres apilados dispuestos a su incineración o enterramiento. En peligro se encuentran todos y el enemigo que se mueve en silencio solo puede ser superado cuando los hombres unan sus corazones, solo así se logrará vencer. Camus habla de un sentimiento que crea solidaridad entre todas las personas.

Todos los días, de once a dos, hay un desfile de jóvenes de ambos sexos en los que se puede observar esta pasión por la vida que crece en el seno de las grandes desgracias. Si la epidemia se extiende, la moral se ensanchará también. Volveremos a ver las saturnales de Milán al borde de las tumbas.²

Dejando de lado el control estricto y el seguimiento de las reglas que impone la autoridad competente, un sentimiento permite entablar esta lucha. Un deber moral de todos y cada uno para vencer al enemigo. Pero la lucha que deben entablar se realiza con las armas de los sentimientos, las creencias positivas para muchos y la fe para alguno que otro. La medicina del hombre parecía no funcionar. En otro tiempo Rieux era visto como un salvador. En su mano estaba arreglarlo todo por el uso un par de píldoras y una jeringa. Estos elementos eran suficientes para apaciguar el dolor y en ocasiones hacer huir el mal. En cambio ahora, su misión era otra bien distinta. Ya no se trataba de curar, sino de descubrir quién tenía la enfermedad para aislarlo de los demás.

Podemos admitir que las medidas que se establecen para luchar contra la enfermedad de la peste pertenecen a un orden distinto a las habituales, pues sus características y sus efectos son mortales, pero, sin embargo, en la lucha que Rieux había emprendido desde el comienzo de su carrera profesional era otra bien distinta.

Debido a que la enfermedad forma parte del paciente, la enfermedad es el paciente, el hombre enfermo es la enfermedad, con lo que se le aplica duras medidas para eliminarlo. No hay una solución, una medicina concreta y precisa para vencer la peste. Se aísla a los hombres para evitar el contagio, para evitar que los hombres se hagan enfermos, para evitar que la enfermedad se propague; se aíslan para eliminar en silencio a los enfermos, para que mueran en paz por el resto de la comunidad, pues la comunidad, teme el contagio, la comunidad ve hombres y al verlos, ve enfermedad, igualándose bajo esta fórmula, hombres a enfermedad. Estas medidas ya no luchan contra un agente infeccioso, luchan contra los hombres por el bien de los hombres. El mecanismo de control de la enfermedad se ha vuelto un mecanismo coerci-

tivo, represor de las libertades de los hombres por el bien de los hombres. Las leyes de la ciudad son las leyes de un pequeño Estado totalitario. Y sin embargo, en la novela de Camus, los hombres luchan por vencer la situación, lo único que no quieren es ser separados de los demás... conforme la enfermedad se recrudece, los muertos aumentan, los hombres están moralmente más unidos. Conforme se ejecutan las medidas pertinentes para controlar la enfermedad, mecanismos de poder y represión, los hombres que las llevan a cabo son conscientes que pierden algo de humanidad en la tierra, para ganar en otro lugar o en otro tiempo, algo más de esa característica esencial que conforma al hombre.

Comprendía [Rieux] que había contribuido a la muerte de miles de hombres, que incluso la había provocado, aceptando como buenos los principios y los actos que fatalmente la originaban.²

Ese modelo de pequeño Estado totalitario quiere vencer el obstáculo que es la enfermedad. Encontramos que para ser eficiente crea vínculos de unión en el trabajo para frenarla. Estas medidas crean una alienación del hombre con el trabajo, se burocratizan los sistemas de control y el Estado pierde la humanidad que le caracteriza ante semejante catástrofe.

En caso de que cayese [Rambert] con la peste y muriese, prevenir a su familia, y además para saber si había que cargar los gastos al hospital, al presupuesto de la ciudad o si se podía esperar que los reembolsasen sus parientes.²

Y sin embargo, la represión por bien del hombre, para el hombre, solo funcionará si es eficiente. Si es eficiente podemos llegar a pensar en el mejor de los casos que se salvarán.

Hacia el final de la novela, el padre Paneloux, en otro sermón a sus feligreses, les instiga a luchar por la vida: "¡Hermanos míos, hay que ser ése que se queda!"²

¿Pero cómo creer en Dios cuando el destino del libertino y del niño inocente es el mismo? Hay cosas que no se pueden explicar. Hay cosas que no se pueden comprender. Y el sufrimiento de un niño es algo que no se puede comprender.

El doctor Rieux no está dispuesto a amar una Creación en la que niños inocentes mueren torturados del mismo modo que muere el más libertino de todos los hombres. El padre Paneloux ha comprendido, no sin tristeza, en lo que consiste la gracia: amar lo que no podemos comprender. Rieux sabe que carece de esta gracia, pero su labor es igual o más importante, pues lucha materialmente por la salud de los hombres. En otro estadio se nos dice de Paneloux que lucha por la salvación (de las almas) de los hombres. En una epidemia lo más importante no depende, para Camus, de una voluntad divina, sino de la voluntad del hombre y ésta es la clave:

...hay que vigilarse a sí mismo sin cesar para no ser arrastrado en un minuto de distracción a respirar junto a la cara de otro y pegarle la infección. Lo que es natural es el microbio. Lo demás, la salud, la integridad, la pureza, si usted quiere, son un resultado de la voluntad, de una voluntad que no debe detenerse nunca. El hombre íntegro, el que no infecta a casi nadie es el que tiene el menor número posible de distracciones. ¡Y hace falta tal voluntad y tal tensión para no distraerse jamás!²

Hacia el final de la novela, el mayor portador de fe, el padre Paneloux, sucumbirá víctima de la peste. Si no hubiera declarado que “había que ser ese que se quedaba”, hubiera muerto sin ironía, pues lo que declaraba al pronunciar estas palabras era que es más importante el estatuto material, esto es, el estatuto corporal del hombre, que el estatuto metafísico y espiritual de la vida. Con ello antepuso el primado físico de la vida al metafísico, creyó más que nadie, sin jamás decirlo, en el trabajo del doctor Rieux.

Miedo a ser tocado

Los hombres que padecen esta enfermedad constituyen una masa. Los unen las características especiales de la peste, los signos del sufrimiento en sus cuerpos, los bubones, las heridas y las cicatrices. El *cuerpo-masa* se contempla sobre una mesa de disecciones cuando la materia putrefacta corre por las axilas al producirse el corte del bisturí. Pero a los hombres también los une el destino que les aguarda: la muerte. Estos elementos se ven complementados cuando todos sueñan con superar la enfermedad.

Antes de que comenzara a producirse la epidemia, los individuos son sujetos individuales que todavía no han creado esta categoría particular de masa. Existe una diferencia sutil e importante respecto al concepto tradicional que puede sostenerse acerca de la masa que anteriormente hemos analizado: hombres que se unen para vencer la enfermedad.

Cuando todavía no se ha constituido una masa, los individuos aislados se sienten amenazados por los demás. Tienen miedo al contacto con lo desconocido e intentan protegerse de este abismo por todos los medios. En cambio, este sentimiento desaparece cuando el individuo forma parte de una masa. El miedo a ser tocado se diluye, el hombre se libera de su temor porque forma un ente complejo, una masa-hombre; cree que los hombres que tiene cerca ya no lo oprimen, de hecho no sabe quién entre los más cercanos lo oprimen y por eso ha olvidado que lo oprimen, se refugia en un ente mayor que es la masa en la que se encuentra a salvo y protegido.

Es importante para nuestra sociedad moderna reflexionar acerca de las masas reales, por ello me parece adecuado reflexionar acerca del concepto de masa que se desprende en las epidemias. Encuentro que la masa enferma, afectada por una epidemia, es una masa con características distintas al resto de masas que podemos llegar a concebir. En la novela de Camus encuentro que este hecho se falsea para apoyar la idea de que en medio de las plagas —y siguiendo a Rieux hacia el final del relato—, hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio. En la realidad, las medidas coercitivas que imponen las leyes de la ciudad en un Estado moderno, como el de Orán, son totalitarias, limitan y anulan la libertad de los individuos. Así lo fueron durante mucho tiempo, como hemos visto en el primer punto cuando hablábamos del diagnóstico y la cuarentena forzosa que se impone en todas las viviendas.

En cambio, en el relato de Camus, la represión no es total desde el comienzo de la enfermedad. Incluso una vez que se declara el estado de peste, los teatros siguen abiertos, la gente pasea por las calles pero cada vez, eso sí, progresivamente hay menos personas en las terrazas de los cafés. Camus tiene miedo de presentar un estado con estas características y no reconoce que los hombres tienen miedo de los hombres. Tienen miedo del contagio. Aquí es donde aparece el miedo a ser tocado. En una masa normal este miedo se diluye, pero en la masa afectada por una epidemia como la peste, los individuos tienen miedo del contagio, de caer enfermos. Camus, que cree en el intelectualismo socrático, en la buena voluntad del hombre, en el amor que los unen para afrontar problemas y superarlos, nos dice:

Pero el cronista está bien tentado de creer que dando demasiada importancia a las bellas acciones se tributa un homenaje indirecto y poderoso al mal. Pues se da a entender de ese modo que las bellas acciones solo tienen tanto valor porque son escasas y que la maldad y la indiferencia son motores mucho más frecuentes en los actos de los hombres. Ésta es una idea que el cronista no comparte. El mal que existe en el mundo proviene casi siempre de la ignorancia, y la buena voluntad sin clarividencia puede ocasionar tantos desastres como la maldad.²

A esta visión revitalizadora de la moral del hombre se le opone el concepto de *miedo a ser tocado*, algo que Camus no puede llegar a defender y que presenta en la figura del Belzunce, obispo durante la peste de Marsella:

Hacia el fin de la epidemia, habiendo hecho todo lo de que debía hacer y creyendo que no había ningún remedio, se encerró con víveres para subsistir en su casa e hizo tapiar la puerta. Los habitantes de la ciudad, para los que había sido un ídolo, por una transformación del sentimiento, frecuente en los casos de extremos dolor, se indignaron contra él, rodearon su casa de cadáveres para infectarlo y hasta arrojaron cuerpos por encima de las tapias para hacerlo perecer con más seguridad. Así, el obispo, por una debilidad, había creído aislarse del mundo de la muerte, y los muertos le habían caído del cielo sobre la cabeza.³

Camus no puede sostener, después de la guerra, que los hombres se alejan de los hombres por su bien. Que no hay humanidad ni caridad después de que venciera el bien en una catástrofe como la II Guerra Mundial. Por eso hermana a la comunidad cuando debe hacer frente al mal y, sobre todo, cuando ese mal tan específico depende en gran medida de la voluntad de resistir el sufrimiento que acarrea la enfermedad, de resistir la impotencia, de no poder frenar la epidemia; en definitiva, de resistir moralmente la aniquilación del hombre. No es otra cosa, sino la potencia del amor la que consigue crear estos vínculos en la novela de Camus. La clave de esta arriesgada interpretación está oculta en el capítulo en el que Rieux marcha al teatro para ver la bella obra de Gluck, *Orfeo y Eurídice*. Ese sentimiento arranca de lo más profundo del corazón de los hombres y los empuja a colaborar entre sí. Por amor, Orfeo descendió a los infiernos, para intentar recuperar a Eurídice. Del mismo modo, en el relato de Camus, los hombres se empeñan en trabajar hermanados para salvarse a ellos mismos de la peste. Un

hombre en especial, Rieux,^o es el portado de la lira de Orfeo, en su mano tiene la medicina, la técnica, el arte de curar a los hombres. En el mito de Orfeo, Hades queda impresionado por la belleza que producía los sonidos del canto y la lira de Orfeo. Hades acepta que Eurídice marche con Orfeo bajo la condición de que ella le siguiese por el canto de su lira y, en ningún momento, y esto es lo más importante, Orfeo podría volverse para mirarla hasta que llegase a la luz del sol. Si la condición se incumpliese Eurídice quedaría por siempre presa en el Infierno. Orfeo acepta la propuesta de Hades y conduce a su amada a través de la oscuridad con su lira; en el último momento, Orfeo se gira para verla y ella desaparece.⁸

Los hombres de Orán creen establecer ese mismo pacto con Dios. Los sanos salvarán a los moribundos y sacarán a todos del infierno en el que viven si luchan hermanados con las armas de la técnica médica. El amor que sienten es tan grande y tan noble que les impulsa hacia esa lucha. Su técnica, aunque hoy la vemos obsoleta, en ese momento son los únicos medios disponibles, la reclusión y los escasos fármacos son las únicas medidas para paliar la epidemia. Los hombres saben que en otro tiempo otras enfermedades se curaban con un par de fármacos y jeringas, igual que Orfeo con su canto y su lira en otro tiempo salvó a los

[&] Este mismo texto sirve para apoyar la idea que sostengo como conclusión en el capítulo anterior sobre el padre Paneloux. En él reconoce la tarea del doctor Rieux, pero claro está, el presbítero no cesa en su amor a Dios. En este texto se persuade de que no hay una isla en la peste, de que deben admitir lo que les está sucediendo, pronto lo interpreta bajo su prisma argumentando que esa aceptación debería estar basada en el hecho de que en tal caso deberían escoger entre amar a Dios u odiarle. Y claro, el padre nos dice: ¿quién se atrevería a escoger el odio a Dios?

^o Hay otros médicos que se unen a Rieux, aunque él es el más representativo. Estos médicos son Rambert, Rieux, Cottard y Tarrou.

[#] La palabra que más se repite en la edición en castellano es "recomenzar". El lector atento pronto se impregna del sentido cíclico de la historia de la que hablaba Nietzsche. La clave de la lectura de la obra de Camus pasa por la comparación que he realizado entre el mito de Orfeo y la enfermedad pero, entendiendo la enfermedad, como la plaga del nacionalsocialismo. En este caso, su autor pretende alertarnos de que, tal vez, un día vuelva a suceder una atrocidad como la vivida en Europa, y en especial en Francia, durante aquel fatídico período de la historia que fue la II Guerra Mundial. Sólo el corazón hermanado de todos los hombres puede evitar que una tragedia como aquella vuelva a ocurrir.

argonautas de las sirenas. Ambos productos de la técnica emanan poder, un poder de curar y recuperar la salud, de devolver la cordura y aplacar las torturas del alma. El arte de Orfeo cuando toca su lira no es lo que falla al final del relato, es su impaciencia y su desconfianza hacia el pacto que establece con Hades lo que le lleva al fracaso.

En el caso de la novela de Camus, el final es otro bien distinto, la victoria es solo aparente aunque, de hecho, ellos crean que se trata de una victoria definitiva. El bacilo de la peste, como señalé al comienzo, sigue latente hasta que vuelva a despertar. No es que la técnica haya fallado, no es que los hombres hayan fallado, pues la victoria parece real porque la epidemia ha cesado. El problema radica en que creen que el pacto con Dios ha funcionado, pero de facto nunca existió al modo en que sucede en el mito griego. Es comprensible este desenlace porque Dios, para un existencialista ateo como Camus, no existe. ¿Qué lección queda para las futuras generaciones? Deben saber que es un eterno retorno de lo mismo, una lucha insaciable e imperecedera por la vida y que solo lograrán superar la tragedia si el amor no ha desaparecido de sus corazones.[#]

Toda historia toca a su fin, y a ésta ya le ha llegado:

En aquel andén de la estación, donde iban a recomenzar sus vidas personales, sentían su comodidad y cambiaban entre ellas miradas y sonrisas. Su sentimiento de exilio, en cuanto vieron el humo del tren, se extinguió bruscamente bajo la avalancha de una alegría confusa y cegadora. Cuando el tren se detuvo, las interminables separaciones que habían tenido su comienzo en aquella estación tuvieron allí mismo su fin en el momento en que los brazos se enroscaban, con una avaricia exultante, sobre los cuerpos cuya forma viviente habían olvidado.²

Referencias

1. **Aronson R.** Camus y Sartre: la historia de una amistad y la disputa que le puso fin. Valencia, España: Universitat de València; 2006. p. 78.
2. **Camus A.** La peste. Barcelona, España: Edhasa; 2004. pp. 11, 20-22, 27, 50, 51, 64, 66, 67, 76, 83, 84, 86, 87, 91, 92-94, 96, 103, 112, 113, 115, 120, 121, 125, 149, 209, 210, 211, 233-235, 272.
3. **Tucidides.** Historia de la guerra del Peloponeso. Barcelona, España: Ediciones Orbis, 1986. pp. 266-275.
4. **Nestle W.** Historia del espíritu griego. Barcelona, España: Ariel; 1975. p. 170-171.
5. **Foucault M.** Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión. Argentina: Siglo XXI; 2003. pp. 199-202.
6. **Canetti E.** Masa y poder. Barcelona, España: Galaxia Gutenberg; 2002. p. 350.
7. **Pascal B.** Obras completas. Madrid, España: Alfaguara; 1981. p. 135.
8. **Rubio JL.** Orfeo ed Eurídice. Madrid, España: Sopec; 1987.